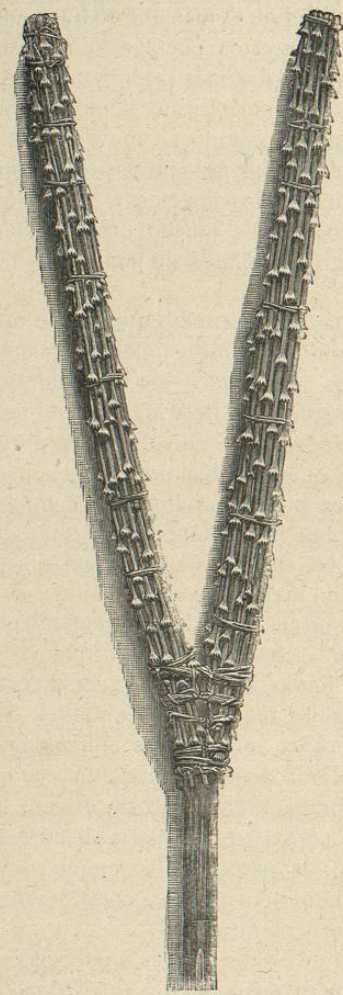


landés de los polinesios, los hechos de que en Nueva Zelandia parece encontrarse la patria del mito Maui, de que el título de Ariki significa en ella sacerdotes y en el resto de Polinesia caudillos terrenales y de que sólo Nueva Zelandia puede ser la patria de los objetos de nefrita que encontramos diseminados en toda la Polinesia.

En pro de la opinión que supone situado en el centro el punto de partida de las emigraciones aboga no sólo la mayor facilidad con que desde allí pudo llegarse á las islas situadas en la periferia



Horquilla empleada en Java para coger á los que toman parte en las carreras del Amok (Colección Etnográfica, Stokholm).

sino también la razón de que admitida aquella se explica la notable concordancia en la cultura y el idioma polinesios más fácilmente que admitiendo la existencia de un punto de partida excéntrico. La gran mayoría de los que á fondo conocen las relaciones entre los pueblos polinesios opinan, fundándose en las tradiciones, que hasta los mismos neozelandeses llegaron á sus residencias actuales procedentes de algún punto de la Polinesia ecuatorial, habiendo tenido esto lugar — y así nos atrevemos á afirmarlo hoy con certeza — en una época no muy remota. Las razones que en pro de esta opinión existen, además de las que en general demuestran las emigraciones de los polinesios, son las siguientes: todos los maoríes tienen la tradición según la cual llegaron á sus islas procedentes de un lugar denominado Hawaiki, debiendo hacerse, á lo que parece, una distinción entre un Hawaiki grande y otro pequeño ó entre uno cercano y otro remoto. «La semilla de nuestra venida es de Hawaiki, la semilla del alimento, la semilla de los hombres.» Este nombre de Hawaiki lo encontramos más ó menos modificado en una porción de lugares polinesios, por ejemplo: Savai en el grupo Samoa, Hawai en el grupo así llamado, Hapai en el de Tonga, Atukaki en el de las Hervey, Hevava y otros análogos en las Marquesas y en otras islas. En efecto los filólogos y mitólogos lo han buscado ora en uno ora en otro de estos grupos, pero la mayor verosimilitud está por Savai, una de las islas Samoa ó de los Navegantes, la cual, lo propio que Hawai, constituye indudablemente el punto de partida de las emigraciones que se dirigieron á Raiatea y á Tahití. En un canto que conocemos gracias á Jorge Grey se hace mención de Rarotonga, Waerota, Waeroti, Parima y Manono como islas vecinas de Hawaiki. Además de esto, los rarotonganeses tienen la tradición de que

proceden de «Hawaiki.» Waerota y Waeroti son hoy desconocidas; Parima y Manono son pequeños arrecifes del grupo de las Samoa y sus habitantes refieren que á ellos llegaron procedentes de Savai. En las islas de los Navegantes se encuentran perros parecidos á los de Nueva Zelandia, especialmente los ratoneros, las batatas, el fruto del taro y las mismas calabazas. En pro de la opinión de que el camino hacia Rarotonga (la «Hawaiki cercana» de la tradición) partía de la un tanto mítica Hawaiki existen las tradiciones de los maoríes que denominan á aquella isla el camino hacia Hawaiki y refieren que algunas de las canoas de los neozelandeses fueron construidas en Rarotonga. Los maoríes recuerdan que de esta isla procedían las canoas de plataforma y las de guerra. En vista de que los rarotonganeses dicen que sus antepasados emigraron de Hawaiki hace 29 ó 30 generaciones, al paso que los maoríes afirman que hace 20 que están en sus territorios, se ha admitido que entre la llegada á Rarotonga y la nueva emigración transcurrieron algunas generaciones. De todos modos es muy posible que una gran parte de los maoríes proceda de Rarotonga.

Los cantos que todavía hoy se oyen en Nueva Zelandia nos explican las causas de las emigraciones de los neozelandeses. Una guerra civil que asolaba á Hawaiki obligó á un caudillo llamado Ngahue á emigrar por miedo de ser devorado; después de un largo viaje, llegó á Nueva Zelandia, volviendo luego á Hawaiki con pedazos de piedra verde y con los huesos de un pájaro colosal que había matado en Tauranga. Al poco tiempo emigró con él, á quien otras leyendas dan el nombre de Kupe, á Nueva Zelandia el partido débil de aquellos insulares entre los cuales seguía encendida la guerra. Como causa de ésta se ha citado también el hecho de que habiendo la inmoralidad cada vez mayor hecho necesaria la formación de una liga secreta que pusiera coto á la misma, el pueblo se rebeló contra ella. Existe todavía el recuerdo de una reunión que celebraron los caudillos antes de expatriarse en el templo de Hawaiki. La narración de que un hombre que andaba en zancos robó algunos frutos en el jardín de un sacerdote y hubo por ello de huir de Hawaiki es puramente mítica. La tradición conserva todavía los nombres de las canoas, todas ellas dobles, en las cuales se llevó á cabo la emigración, tales como Arawa, Tainui, Matatúa, Takitumu, etc. Aun se recuerda la leyenda de cómo las semillas de batatas, el taro, la calabaza, la baya karaka, los perros, los papagayos, los pukekos, los ratones y los animales sagrados fueron embarcados en las canoas y de cómo en el momento en que la flota emigrante se puso en marcha un anciano caudillo recomendó á los viajeros la paz. No se han olvidado tampoco la tempestad que estalló durante la noche poniendo en dispersión á la escuadra, ni las vacilaciones acerca de si debía hacerse rumbo á Oriente ó á Occidente, ni las pequeñas luchas que surgieron entre las tripulaciones de algunas lanchas principalmente por cuestión de mujeres. Por el camino se divisaron algunas islas en las cuales se desembarcó para recomponer las canoas, llegando por fin el resto de los emigrantes á Nueva Zelandia en pleno verano, no sin haber dejado sepultados en los abismos del Océano á algunos de sus compañeros. Antes de que los caudillos hubiesen señalado el punto por donde debía hacerse el desembarque, algunas familias desembarcaron allí donde encontraron risueñas bahías que las atraían: la primera isla poblada fué la del Norte que luego envió poblaciones á las del centro y Mediodía, en conmemoración de lo cual aun hoy se denomina la isla del Norte «debajo» y la del Sur «arriba». Las distintas tribus ó grupos de tribu pretenden proceder de determinadas

canoas cuyos nombres han conservado lo propio que los de los caudillos que en cada embarcación se encontraban, recordando asimismo exactamente los lugares en que las diversas canoas desembarcaron: una de éstas dobló el cabo Norte y otra penetró por el estrecho de Cook llevando ambas los primeros colonos á las costas occidentales. Al mismo tiempo que Nueva Zelandia fué probablemente poblada la isla de Warekauri, la Chatham de los blancos, distante 60 millas marinas de aquella y aun cuando á la última se le ha querido atribuir una inmigración especial, parecen que Quatrefages ha procedido con demasiada precipitación cuando de las analogías de las tradiciones de las emigraciones de los maoríes y de los morioris ha pretendido deducir que ambas tenían á Hawai (Hawaiki) por punto de partida, puesto que las mismas razones hay para creer que los últimos cuando llegaron á Chatham procedentes de Nueva Zelandia llevaron consigo á su nueva residencia la leyenda de la emigración de sus mayores.

La tradición designa como segundo punto de partida de las emigraciones las islas de Tonga y de los Amigos. Los habitantes de Nukahiwa Marquesas, dicen que sus antepasados llegaron allí procedentes de Vavau — isla aun hoy en día existente en el archipiélago de Tonga — llevando consigo el fruto del pan, la caña de azúcar y otros productos; pero entre los habitantes del archipiélago tonganés aparece nuevamente la leyenda de Hawaiki, por más que el idioma y las costumbres más bien acusen una procedencia tahitiana, pudiendo á este efecto recordarse que también en Raiatea hubo en otro tiempo un lugar designado con el nombre de Hawai. Las islas de Hawai ó de Sandwich ofrecen igual dificultad: el idioma y las costumbres enlazan á los habitantes de las mismas con Tahití y los mitos de viajes de los mismos denotan también la procedencia de esta isla y de las Marquesas. Por otra parte, los nombres de las localidades recuerdan á los del grupo de las Samoa, pudiendo entre ellos citarse los de Hawai, Upolu y Lefuka comunes á unas y otras. Wilkes observó que Hawai, mirada desde la bahía Hilo, se parecía mucho á Savai y creyó que esta semejanza era la causa de la igualdad de denominaciones, pues sabido es que en ambas islas aparecen reproducidos con el mismo nombre algunos cabos. Es muy digno de notarse que la tradición expresa de los rarotonganeses dice que su isla fué simultáneamente colonizada desde Samoa y desde Tahití, de la misma manera que las Kingsmill lo fueron casi al mismo tiempo desde Ponape y desde Samoa. De Rarotonga salieron más tarde los colonos de las islas de Gambier y Australes que, por cierto, eran una parte de los que emprendieron los más largos viajes á Nueva Zelandia.

Las leyendas, única forma que reviste la tradición entre los maoríes, atestiguan que no fué una sino que fueron varias las inmigraciones procedentes del Norte, y todas ellas hablan además de una emigración posterior. Sábase pues, por qué razón estos emigrantes encontraron en estas islas pretendidos aborígenes de quienes, sin embargo, no nos han descubierto hasta ahora huella alguna ni la historia geológica de Nueva Zelandia ni las petrificaciones de sus minerales, de la misma manera que la tradición de los hawaianos supone á sus islas pobladas aun antes de la inmigración tahitiano-samoana. Hasta el presente, la geología no ha descubierto indicio alguno de una población prepolinesia. Haast recogió en Moa Bone Point Cave, península de Banks, una porción de objetos de piedra y de hueso — los primeros no sólo cortados sino también pulimentados aunque sin nefrita — y muchos huesos que habían sido chafados al pareo para extraer de ellos el tuétano. También se encuentran montones de conchas de mariscos. Nada, empero, de

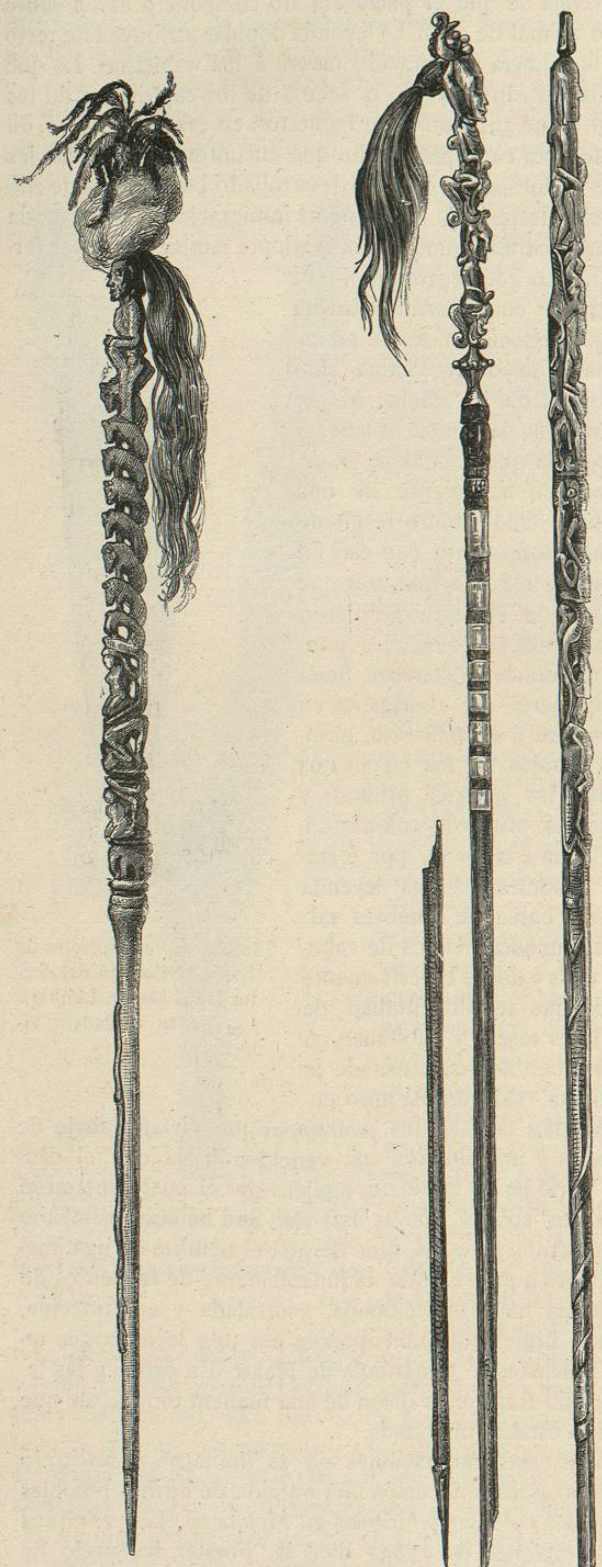
muestra la existencia de una cultura distinta de la de los primeros maoríes que fueron visitados por los europeos, excepción hecha, quizás, del hecho objeto aun de gran controversia de que el perro era no compañero del hombre sino animal de caza. La leyenda popular atribuye este resto de la primera inmigración maorí á los wahitahas. Lo que los mitos cantan y dicen acerca de los espíritus y de los dioses que anteriormente habitaron en esas islas no es, en parte, otra cosa que el mito que encontramos en todas las islas polinesias habiéndose desarrollado buena parte de ello mucho después de las primeras inmigraciones. La leyenda de las distintas inmigraciones adopta también diversas formas. Los que llegaron á Nueva Zelandia encontraron huellas que reconocieron ser de un camarada suyo que había sido arrojado de la lancha. Mayor valor tiene la noticia relativa á indígenas que habitaban en árboles y al nacimiento de una tribu de color oscuro resultado de un cruzamiento con éstos y la que se refiere á hombres que después del monstruo habitaron estas islas dejando en ellas grandes montones de conchas. Sería inútil querer ver aborígenes en los maoríes ó ngatimamoes, hombres salvajes, de los cuales nos hablan los maoríes primero y luego los primeros colonizadores. En la isla Norte, por ejemplo, encontramos una leyenda que nos habla de hombres salvajes llamados maeros de cabezas, uñas y dedos excesivamente largos que se alimentaban de manjares toscos y habitaban en las inaccesibles cavernas de la cordillera Tararua. Al mito corresponden también los *puareingas* que vivían debajo de la tierra y no pudieron ser vencidos hasta que el caudillo abrió en el suelo un agujero por el cual penetraron los rayos solares. En la isla del Sud háblase asimismo de una tribu parecida que llevaba el nombre de ngatimamoe, pero aquí se trata indudablemente de recuerdos de una rama maorí fraccionada, acorralada y embrutecida, opinión firmemente corroborada por una leyenda que refiere Hochstetter tomándola de Haast. En cambio, las leyendas de Rarotonga dicen de una manera terminante que esta isla estaba inhabitada.

Todas estas emigraciones no se limitaron al territorio polinesio, pues conocemos una porción de hechos notables relativos á colonias polinesias en Melanesia. Lo que en sus «Observaciones de 1783» dice R. Forster hablando de Nueva Guinea — que los pocos viajeros allí llegados opinaban que esta isla estaba habitada por más de una nación y que entre sus habitantes había, además de los negros, hombres de color claro que, á juzgar por sus costumbres, debieron tener gran afinidad con los habitantes de las islas de la Sociedad y de los Amigos — puede hacerse extensivo casi á todo el territorio melanesio (véase pág. 499). En Fidschi aparecen patentizadas las colonias polinesias no sólo por las tradiciones sino también por el actual estado de cosas. A Fidschi llegaron colonos de Samoa que se dirigían á Maniata y también algunos rotumanos; los vasa-



Tambor de los igorrotos de Luzón (Colección del doctor Hans Meyer, Leipzig). 1/12 de su verdadero tamaño.

namus de Rewa proceden de Tonga; algunas pequeñas islas situadas en la parte oriental de Fidschi Levu fueron conquistadas por los tonganeses; algunos tonganeses fue-



Palos de hechiceros de los battas de Sumatra (Museo para Etnografía, Leipzig, y Museo Etnográfico, Dresde). $\frac{1}{8}$ de su verdadero tamaño.

ron arrojados á Nueva Caledonia, en cuyo lado oriental encontraron una raza de color claro; á Atafu fueron llevados por las olas algunos samoanos; Uvea, en las islas de la Lealtad, fué poblada por isleños de Wallis. En las Nuevas Hébridas encontramos colonias samoanas en Efat ó Vate, Tana, Anaiteum y Futuna, designándose especialmente como origen de las mismas á *Sawaiki* y siendo allí idioma mer-

cantil el dialecto polinesio de Vate. Algunas dobles canoas tonganesas visitaron las islas de Banks. En la península sudoriental de Nueva Guinea viven pueblos de color claro que aun etnográficamente se parecen á los polinesios. En el grupo de las Salomón vemos elementos polinesios más marcados en unas islas, como Bauro, Santa Ana, Santa Catalina y Malafta, y menos en otras, como Isabel, Ulakúa, Maramasiki, Anuda y Sesarga; el tipo papúa aparece bastante puro en Simbo, Murray, Nueva Georgia, Stirling, Choiseul, Bougainville y Buka. Es indudable que los habitantes de las Nuevas Hébridas, en armonía con su situación oriental, es decir mirando á Polinesia, están mezclados con elementos polinesios; esto no obstante, han ido demasiado lejos los que han dicho que algunas islas como Eromanga y Aniwa son casi polinesias del todo. De todos modos encontramos allí elementos de color claro y de color oscuro subsistiendo, por ende, la duda de si está fundada en emigraciones y mezclas la división, tan extraña en este grupo de las poblaciones poco numerosas en sí, en tribus más pequeñas que hablan idiomas muy distintos. Dadas las divergencias que se notan entre los descriptores que atribuyen caracteres especiales aun á los habitantes de las pequeñas islas, podría creerse que también en círculos más extensos aparecen diferencias entre los caracteres corporales que no pueden atribuirse á una mezcla. Más frecuentes son todavía las relaciones polinesias en Micronesia, en donde los habitantes de Nukuor proceden de Nukufatau, islas Ellice: éstas y las Tokelau tienen un dialecto samoano. El grupo de las Aupokik ha sido poblado desde Yap. Miklucho-Maclay encontró en el archipiélago Echiquier ó Ninigo una población micronesia en medio de la población polinesia de las islas del alrededor, de las cuales, según él, son especialmente melanesias las Anacoretas: ¿de dónde procedían aquellos micronesios? he aquí lo que no pudo descubrir, afirmando, por lo demás, que desconocía completamente el idioma de estos pueblos. Para las islas de Mortlock acepta Kubary un elemento malayo con mezcla polinesia proveniente del Sud, fundándose en que tal opinión parecía corroborada por las cualidades corporales y por la forma y el nombre de las armas y de las embarcaciones. Según Finsch, los habitantes del grupo de Lord Howes son micronesios. Ya hemos hablado del carácter mestizo polinesio-micronesio de los insulares de Gilbert; de análogos á éstos califica Finsch á los habitantes de Nawodo, y dentro del grupo de las Gilbert cabe calificar á los habitantes del Norte como más polinesios que los del Sud. En opinión de Kubary, las ruinas de Nanmatat proceden de un pueblo muy distinto de los actuales habitantes y perteneciente á la raza negra; los hallazgos etnográficos no acusan, sin embargo, una gran antigüedad. El propio autor considera como raza mestiza á la de los actuales indígenas.

Así como los polinesios emigraron á Melanesia, así también encontramos colonias melanesias en Polinesia. Y al decir esto no nos referimos á hechos como el de que Wilkes creyera ver entre los paumotus verdaderos fidschianos y el de que Thomson contara entre 100 maoríes 3 con cabello crespo y 10 con tendencia á ello, sino á pruebas verdaderamente históricas, como por ejemplo la de que algunos príncipes tonganeses tuvieran á su servicio mercenarios fidschianos. Estos se establecieron también en Savai y esta colonia fidschiana de Savai que adoraba como dios á Tui-Viti empujó á los indígenas hacia el interior. De las pequeñas islas melanesias observamos á pesar de estas emigraciones y á juzgar por el tipo de las poblaciones respectivas, que las Carteret se parecen á las Salomón, las Duke of

York y Nueva Irlanda á Nueva Bretaña y las del Almirantazgo á Nueva Bretaña y á Nueva Irlanda.

Al proceder á la separación de estas mezclas extranjeras, siéntese la impresión de una invasión del elemento polinesio desde el Este, elemento que pudo arraigar en las pequeñas islas, pero que sucumbió con más frecuencia en las mayores y situadas más hacia el Este vencido por los guerreros pueblos indígenas. Existen, además, pruebas antropológicas de la multitud y diversidad de puntos de mira y de puntos de partida de las emigraciones en el color oscuro de los hawaianos, que Quatrefages se inclina á atribuir á una inmigración micronesia, y en la presencia antes citada de elementos negroides en Nueva Zelandia y en las Paumotu; pero la mejor prueba de ello está en la abigarrada confusión de pueblos de color claro y de color oscuro, polinesios y melanesios, confusión en parte evidente desde el punto de vista histórico, en parte probada por hechos filológicos y etnográficos y en parte deducible de la mezcla de razas. En ningún punto podemos aceptar la propagación exclusiva de una raza, pues hasta en los pequeños territorios habitables de algunas islas ó diminutos archipiélagos encontramos dos pueblos que se han juntado.

Es casi indudable que de la corriente emigradora que desde el Oeste desembocó en el Océano Pacífico se desvió algún pequeño arroyuelo hacia el continente australiano, en donde encontramos una raza mestiza cuyos elementos fundamentales son los hombres de color claro y cabellera rígida y los de color oscuro y crespos cabellos. En muchos puntos encontramos relaciones antiquísimas (véase página 391). Taplin en vista de la analogía que existe entre el sistema de parentesco australiano y el de los tamils ó telugus deduce que los australianos tienen un origen indio y opina que fueron arrojados de sus antiguas residencias á la península Malaca y á las islas indio-orientales por los malayos de la misma manera que aquellos otros pueblos indios lo fueron por los arios. Pero las analogías son igualmente marcadas hacia el lado polinesio, puesto que los pueblos de esta parte podrían también arrancar de una raíz malaya común. El ateísmo de los australianos es, como hemos visto, pura fábula, puesto que entre ellos encontramos huellas del tabú y si esta institución no se nos presenta tan marcada como en Polinesia débese esto á la ruda y miserable existencia de los pueblos australianos. De todas maneras es este un punto que permite deducir la existencia, en una época antigua, de costumbres más consecuentes y más refinadas. Entre las cosas que acusan una cultura antigua superior cuenta Gerland la notable división del firmamento estrellado en varias constelaciones, división que en modo alguno puede atribuirse á un pueblo del todo incivilizado y que, lo propio que la división del año que aquí y allí encontramos, es sumamente notable y demuestra, además, con su rareza ser un último resto de antiguas y más generales concepciones. Para el dualismo de razas que se esfuerza por destruir la mezcla que tan rápidamente se consuma, no tiene la experiencia actualmente á su disposición más que á los papúas y á los malayos. En frente de las observaciones que Grey, por ejemplo, ha hecho en sus viajes al Noroeste y al Oeste de Australia no puede admitirse otra cosa sino que entre determinadas tribus australianas septentrionales viven temporalmente y en parte de un modo permanente algunos malayos que ejercen no escasa influencia sobre ellos, de la misma manera que no cabe dudar, por otro lado, del frecuente trato de los insulares de Torres con los papúas y con los australianos. En la costa noroeste de Australia la influencia de los malayos aparece más marcada que la de ninguna otra raza.

En una de las islas Pellew, en el golfo de Carpentaria, en donde las canoas eran de construcción admirable, encontró Flinders huellas de otros visitantes extranjeros (probablemente malayos, bugis ó makassares) tales como cacharros de tierra, entrelazados de bambú, etc. Lo propio dice King hablando de la costa noroeste muy frecuentada por los malayos que tienen especialmente en Port Essington pesquerías de méntulas marinas; los bugis comercian en el golfo de Carpentaria. Es indudable que estos pueblos comenzaron á mezclarse entre sí mucho antes del período histórico, permitiendo el ejemplo de Tasmania suponer que una raza de cabellos crespos habitó la Australia: la población de Tasmania era completamente de cabelleras lanosas, lo cual forma contraste con la de Australia, en donde este carácter sólo aparece aisladamente en algunos puntos. El hecho de que la población de Tasmania fuese más negroide ó más papuana que la de Australia puede explicarse, bien por la circunstancia de haberse esta isla defendido contra las invasiones malayas, bien por haberse realizado inmediatamente una emigración de elementos papuanos.

Las más notables diferencias que entre los australianos se observan tienen una explicación al parecer sencilla en la hipótesis de Eyre relativa á un origen nortoccidental y á la emigración que partiendo de éste tomó tres direcciones principales. Según este autor, un grupo se encaminó directamente al Sud hacia los golfos de Spencer y de Vicente; otro siguió la costa occidental hacia el río de los Cisnes y hasta el golfo del Rey Jorge; y otro, el mayor, se dirigió hacia el Sudeste. Eyre sostiene que así las costumbres como los idiomas más se parecen de Oeste á Este que de Norte á Sud. Todas esas diferencias, sin embargo, no son muy profundas y á lo sumo puede hacerse notar que el Oeste se parece mucho al Sud y menos al Este, al paso que el Norte en algunos puntos es enteramente opuesto á todas las demás partes. De esto podríamos deducir con Gerland que los habitantes del Norte son los más antiguos puesto que son los más civilizados, los más desarrollados espiritualmente y corporalmente y los únicos sedentarios. «De todos modos, más fácil y más natural es que los demás indígenas con sus eternas emigraciones hayan degenerado que no que aquéllos estacionados en un país más agradable hayan ascendido. Sin embargo este continuo movimiento hace sumamente difíciles las investigaciones acerca del camino originariamente seguido por la población en esas emigraciones, haciéndose, por ende, imposible llegar á una afirmación concreta.» Si prescindimos del extremo septentrional de la península de York, no podremos menos de sorprendernos, sin embargo, viendo que la cohesión de esos territorios con Nueva Guinea dista mucho de ser estrecha, siendo de ello un buen ejemplo el enigmático perro australiano. Ignórase si el *dingo* existió ó no en la Australia postpliocena, pero todas las probabilidades son de que fué allí introducido por inmigrantes: el perro neoguineo, según Miklucho, es completamente distinto de aquél.

Las fechas en que se han realizado las emigraciones polinesias son varias y naturalmente han de ser citadas con esta misma variedad. La tradición detallada acerca de la colonización de Rarotonga pretende remontarse á 30 generaciones y á 15 ó 20 la de los maoríes. La serie de reyes de Mangarewa cuenta 27 soberanos. Ciertamente oímos hablar de 88 generaciones en Nukahiva y de 67 antepasados de Kamehameha, pero hay que tener en cuenta que en éstos vienen incluidos los dioses y los espíritus. Los críticos prudentes, en vista de las pocas diferencias que ofrecen estas poblaciones, han llegado al siguiente resultado